

# El asombro de Damasco

Zarzuela en dos actos

Texto original de ANTONIO PASO CANO y JOAQUÍN ABATI  
inspirado en un cuento de «Las mil y una noches»

Música de PABLO LUNA

## PERSONAJES Y REPARTO

ZOBEIDA .....	ROSARIO LEONÍS
FAHIMA .....	JULIA CASTRILLO
ZAHARA .....	ENCARNACIÓN FUENTES
ABRIZA .....	TERESITA SAAVEDRA
MIRTA .....	SRTA. GIRONA
ALMEA 1. <sup>a</sup> .....	SRTA. FUENTES
BEN-IBHEN .....	CASIMIRO ORTAS
ALÍ-MON .....	VALERIANO LEÓN
NHUREDIN .....	FRANCISCO MEANA
DERVICHE 1. <sup>o</sup> .....	CARLOS RUFART
DERVICHE 2. <sup>o</sup> .....	SR. BELTRÁN
MOSELÍN .....	A. MORENO
AMARUS .....	SR. PAISANO
UN HOMBRE DEL PUEBLO .....	SR. LLAYNA

Estrenada el 20 de septiembre de 1916 en el Teatro Apolo de Madrid.

## ACTO PRIMERO

Comienza la acción en una plaza pública de Damasco, en la época de esplendor del califato árabe. A telón corrido se oye una voz dentro que suena lejana.

Ya el sol, por el Oriente,  
su luz asoma.  
Coronado de fuego,  
ya luce el día.

No te olvides, creyente,  
de que es Mahoma,  
quien las primeras luces  
del alba envía.

En su tienda de medicamentos, el médico Ben-Ibhen se ocupa de vender sus ungüentos mágicos a varios enfermos y heridos mientras a su lado, Fahima, dueña de una tienda de esencias mágicas, atiende a un grupo de mujeres.

ELLAS    Atiéndeme.  
          Despáchame,  
          que antes que nadie  
          yo llegué.

ELLOS    Danos pronto algo  
          y no te hagas rogar.  
          Tú, que eres un sabio,  
          alivia nuestro mal.  
          Anda, pronto; venga,  
          que no podemos esperar.

BEN-IBHEN    ¡Alto!  
          Dejad ya de gritar  
          y atentos escuchad  
          lo que mis drogas mágicas  
          pueden curar.

TODOS    Dejemos de gritar,  
          etc., etc.

BEN-IBHEN    No hay dolor que se resista  
          a mis célebres unturas.  
          ¡Para mí no hay hemorragias!  
          ¡Para mí no hay calenturas!  
          A mis sabios elixires  
          y a mi mágica pomada,  
          nada existe que le iguale.  
          ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!  
          Los que sufrís,  
          los que vivís  
          minado todo  
          vuestro organismo,  
          ya lo sabéis:  
          es que queréis,  
          o últimamente,  
          que os da lo mismo.

ELLOS Yo quiero pomada.  
 Yo quiero un unguento.

BEN-IBHEN Pedid, que a serviros  
 voy al momento.

ELLOS ¡Por Alah!  
 ¡Pronto! ¡Acaba ya!  
 Dame al punto ese elixir  
 que estoy sufriendo  
 desde hace días.  
 Dame pronto ese elixir  
 que me calme mi dolor.  
 ¡No tardes, por favor!

FAHIMA Yo vendo los perfumes  
 mejores de Damasco;  
 yo soy la proveedora  
 de esencias, del Cadí;  
 yo tengo escamonea,  
 la mirra del Arabia,  
 incienso y cinamomo,  
 el cedro y el benjuí.

ELLAS Quiero una esencia que traiga al hombre  
 por el que lloro noches y días.  
 Quiero una esencia que me devuelva  
 con mis amores, mis alegrías.

FAHIMA Esa esencia cuesta cara  
 y escasea.

ELLAS La queremos y pagamos  
 lo que sea.

FAHIMA Yo he descubierto un perfume  
 que despierta los sentidos  
 y estimula los deseos  
 adormidos.  
 Yo he descubierto una esencia  
 que el que la aspira, te besa  
 y te deja entre los labios  
 el sabor de una promesa.

TODAS Es una esencia maravillosa  
 que a los amantes hace celosos;  
 es un perfume que al aspirarlo  
 brota en suspiros voluptuosos.  
 Cuantas llevaron ese perfume,  
 en los amores siempre triunfaron  
 y a sus amantes rendidos miran  
 las que esa esencia de aquí llevaron.

¡Mágica esencia  
que Alah nos hizo,  
y en ella puso  
todo su hechizo!  
¡Que es como un sueño!  
¡Como la brisa!  
¡Como el encanto  
de una sonrisa!

Al marcharse todos los clientes y quedar vacía la plaza aparecen dos derviches, que piden hospitalidad a Fahima, y luego una mujer lujosamente ataviada que, con el rostro oculto a la usanza musulmana, se aproxima a la tienda de la vendedora. La rica dama se descubre al llegar junto a Fahima, y ésta, descubre con alegría que se trata de su amiga Zobeida, casada con Omar, un comerciante de Mosul. Zobeida, muy consternada, refiere a su amiga la enfermedad de su esposo y sobre todo la ruina a que han llegado debido a un mal negocio. Añade Zobeida que su viaje a Damasco se debe a que un vendedor llamado Ben-Ibhen tiene una antigua deuda de mil dinares de oro con su marido, y hoy este dinero se necesita urgentemente para la enfermedad de Omar; aunque no existe ningún documento para confirmarlo, espera que Ben-Ibhen reaccione como corresponde a su honradez y amistad con Omar. Fahima lleva a su amiga ante Ben-Ibhen, el médico vecino suyo, y el galeno reconoce la deuda y se muestra dispuesto a pagarla. Sin embargo, antes de hacerlo, pide que le sea mostrado el rostro de la mujer que deberá llevar el dinero. Zobeida se descubre y Ben-Ibhen, impresionado por la belleza de la dama, afirma que sólo le dará el dinero si consiente en acudir por la noche a su trastienda.

FAHIMA Ten presente la desgracia  
que le aflige al pobre Omar:  
más que el pago de una deuda,  
es un rasgo de piedad.

ZOBEIDA No te muestres inclemente  
ni me niegues tu favor.  
Ben-Ibhen, yo te suplico  
que no enciendas mi rencor.

BEN-IBHEN Merezco tus rencores,  
merezco tus enojos,  
merezco que Mahoma  
me tome a mí entre ojos;  
merezco que tu esposo  
me corte la cabeza,  
pero la culpa es sólo  
de tu sin par belleza.

FAHIMA Sé indulgente, Ben-Ibhen;  
de Zobeida ten piedad.

ZOBEIDA Siempre es noble hacer el bien;  
hazlo tú, por caridad.

BEN-IBHEN Mira si tiene  
poder tu cara,  
que aún siendo un hombre  
ya cincuentón,  
siento mi sangre  
correr ansiosa  
y oigo que late  
mi corazón.  
Pom-pom, pom-pom,  
fíjate en su excitación;  
más que el soplo de una víscera  
es el soplo de un ciclón.

ZOBEIDA Y FAHIMA Pom-pom, pom-pom,  
pom-pom, pom-pom.

ZOBEIDA Aunque insista en su deseo,  
no caeré en la tentación.

FAHIMA No pensé que este hombre hiciese  
tan cruel proposición.

BEN-IBHEN ¿Conque te niegas?

ZOBEIDA ¿Y qué he de hacer?

BEN-IBHEN Si es por capricho...

ZOBEIDA Es por deber.

FAHIMA Ni ahora ni nunca  
consentiré.

BEN-IBHEN Pues del apuro  
te saque Alah.

FAHIMA ¡Y se marcha!

ZOBEIDA Yo no puedo  
aceptar su condición.

BEN-IBHEN (¡Bien mirado, estoy quedando  
como un gran sinvergonzón.  
Pero, en fin, si ella accediese...  
de pensarlo, hasta el turbante  
se me inclina hacia delante,  
sin poderle contener!)

LAS DOS No es posible, no es creíble  
que se niegue así a pagar  
una deuda tan sagrada  
que a mi/tu esposo ha de salvar,  
y la infamia que pretende,  
a cualquier mujer ofende.

Este sabio es un completo criminal.

BEN-IBHEN Bella Zobeida,  
que Alah te guarde.

ZOBEIDA ¡Es un bandido!

FAHIMA ¡Es un cobarde!

ZOBEIDA Su acción indigna  
diré en Mosul.

BEN-IBHEN Me están poniendo  
de oro y azul.

LAS DOS ¡Que Alah te confunda!  
¡Que Alah te maldiga!  
¡Que cambie tu suerte  
de un modo fatal!  
¡Que lluevan desgracias  
a todos los tuyos!  
¡Que llame a tus puertas  
el genio del mal!  
¡Alah!  
¡Divino Alah!  
Castiga al cobarde  
y a todos los suyos.  
¡Que llame a sus puertas  
el genio del mal!

BEN-IBHEN Ya lo sabes: si me citas,  
del apuro has de salir;  
pero cítame, si quieres  
el dinero recibir.

LAS DOS ¡Jamás ese deseo  
cumplido se verá,  
y teme a la cólera de Alah!

Al desaparecer el médico, las dos mujeres, maldiciendo la suerte de Zobeida, vuelven al establecimiento de Fahima lamentándose de tan deshonesto proposición. Entonces aparece el cadí de Damasco, Alí-Mon, con varios soldados, y lee un decreto del Gran visir en el que se pide, vivo o muerto, la captura del terrible corsario Ka-Fur.

ALÍ-MON Soy Alí-Mon;  
soy el Cadí;  
lo único bueno  
que entre la turba de funcionarios  
existe aquí.

CORO Es Alí-Mon;  
etc., etc.

ALÍ-MON Soy el ser más inflexible  
que ha nacido en el Oriente,  
y aunque parezca increíble,  
soy el más inteligente.  
Esta vara justiciera  
el poder conmigo ejerce.  
Ni por dádivas ni ofrendas,  
ni por nada se me tuerce.  
Siempre estoy exento  
de toda malicia,  
y en todos los casos  
suelo hacer justicia.  
Por eso, las gentes  
que suelo encontrar,  
murmuran muy quedo  
al verme pasar:  
«Ahí va Alí-Mon;  
ahí va el Cadí;  
lo único bueno  
que entre la turba de funcionarios  
existe aquí.  
Para aclarar  
una cuestión  
en dos minutos  
escasamente, que se la encarguen  
al Alí-Mon.»

CORO Ahí va Alí-Mon,  
etc., etc.

Zobeida piensa que el Cadí podrá hacerle justicia y sale a su encuentro, explicándole lo ocurrido. Pero también Alí-Mon, al igual que el médico, queda fascinado por la hermosura de la joven y sugiere, a cambio de la obtención del dinero, la misma exigencia que Ben-Ibhen. Nuevamente desalentada, Zobeida se retira con su amiga, y ésta le dice que el único que puede hacerle justicia es el Visir en persona. Mientras, el cadí se ha acercado a la tienda del médico para hablar con él, y cuando va a reprocharle su conducta con la esposa de Omar, le distrae un ruido de tumultuosa gente y, ante sus propios ojos aparece, portado en un lujoso palanquín y rodeado de sus servidores, el Gran Visir Nhuredin. La muchedumbre le rodea y aclama reverenciosa. Zobeida piensa que es aquel el mejor momento de pedir justicia, y se acerca al Visir refiriéndole su desgracia. Pero al descubrirse ante él, el Visir queda también trastornado por su belleza.

TODOS    ¡Viva, viva Nhuredin,  
nuestro amado Gran Visir!  
¡Honor a su prudencia  
y a su sabiduría!  
¡Damasco a su presencia  
desborda en alegría!  
¡Honor al justiciero!  
¡Al sabio poderoso!  
¡Al ínclito guerrero!  
¡Al hombre generoso!  
¡Viva, viva Nhuredin,  
nuestro amado Gran Visir!

NHUREDIN    Vuestro entusiasmo hiere  
mi natural modestia,  
y aunque ni honor merezco  
ni nada merecí,  
acepto el homenaje  
en nombre del Califa,  
al que ahora represento  
indignamente aquí.  
¡Esclavos, rodeadme!  
¡Mujeres, veneradme!  
¡Que nadie mi mirada  
se atreva a resistir!  
Ninguno alce la frente,  
y el que la eleve cuente  
que sufrirá en seguida  
las iras del Visir.

ZOBEIDA    ¡Señor!  
Te suplico que recojas  
esta queja que te entrego.

TODOS    Acercarse hasta el Visir,  
¡oh, qué audacia de mujer!

GUARDIAS    ¡Presa quedas!

ZOBEIDA    Perdóname, te lo ruego.

NHUREDIN    Yo ordeno que al instante  
soltéis a esa mujer.  
Alárgame tu queja  
y si algo puedo hacer,  
en nombre del Califa  
te juro por Alah,  
que si justicia pides,  
justicia se te hará.



¡Por Mahoma, que si es cierto  
lo que estoy leyendo aquí,  
al médico haré que ahorquen  
y que empalen al Cadí!

ZOBEIDA ¡Por el Korán te juro  
que digo la verdad!

NHUREDIN ¡Es que a creer no acierto  
tamaña atrocidad!  
El pago que te piden  
es demasiado cruel;  
en buena hora llegaste  
a darme este papel.  
¡Poder de Alah!  
Te haré justicia,  
tranquila está.

ZOBEIDA Visir, esas palabras  
me vuelven a la vida.  
Desde hoy soy una humilde  
esclava agradecida.  
Alárgame indulgente  
tus manos justicieras  
para besarlas.

NHUREDIN Toma  
y besa lo que quieras.  
¡Oh, qué asombro peregrino  
de donaire y gentileza!  
¡Oh, qué rostro más divino  
y qué espléndida belleza!  
No pisó mi harén esclava  
que llegar pueda hasta ella,  
y la luna con ser luna  
a su lado es menos bella.  
Retiraos todos; ahora os llamaré.  
(¡Así evito por lo pronto  
de esta gente la malicia!)  
Queda tú.

ZOBEIDA ¿Qué es lo que quieres?

NHUREDIN Que te voy a hacer justicia.  
Esto que pides aquí  
y que esperas de mí,  
alcanzar vas al punto.  
Ya mi poder se humilló,  
y quien manda eres tú  
y el esclavo soy yo.

Nada te puedo negar,  
que mirarte y cegar  
cosa fue de un momento.  
Haz lo que quieras de mí,  
que eres, más que mujer,  
una mágica hurí.

ZOBEIDA Basta, señor, por piedad;  
no encendáis mi rubor.  
Sed clemente y pensad  
en mi honor.

NHUREDIN Ven a mis brazos, mujer;  
ven a mí sin temor,  
que mi dueña has de ser  
y por ti a enloquecer  
voy, sultana, de amor.

ZOBEIDA No es posible, no es creíble.  
¡Por Alah!

NHUREDIN No te alejes, no me dejes.  
Ven acá.

ZOBEIDA Por mi vida yo lo juro;  
no será.

NHUREDIN ¿Qué quieres porque amantes  
me miren esos ojos?  
¿Qué pides, di, sultana,  
a cambio de tu amor?  
Exige, sin que pongas  
barrera a tus antojos,  
que aquí soy el esclavo  
y tú eres el señor.

ZOBEIDA Imposible; soy casada  
y jamás accederé.  
Ni por nadie ni por nada,  
a mi esposo faltaré.

NHUREDIN ¿De modo que te niegas?

ZOBEIDA Me niego, Gran Visir.  
Mejor que tal vergüenza,  
mil veces es morir.

NHUREDIN Pues bien, ya que resistes  
a mi pasión, cruel,  
que Alah justicia te haga;  
yo nada puedo hacer.

ZOBEIDA ¡Señor!... ¡Señor!...  
¡Tened piedad! ¡Por Alah, os lo ruego!

¡Oh, qué destino cruel!  
La justicia que busco  
no la espero ya de él.  
Todos quieren faltar  
sin reparo, a mi honor,  
y si me han de escuchar  
he de darles mi amor.  
¡Piedad! ¡Piedad, señor!

Zobeida, otra vez desazonada, se aparta del ministro; entonces, uno de los derviches que pidieron hospitalidad a Fahima, le aconseja que cite por separado a los tres hombres, aquella misma noche, en la casa de Fahima, que se halla en las afueras de la ciudad. Así lo hace la mujer.

TODOS    Que bailen las almeas  
             sus danzas caprichosas,  
             que en todas partes llaman  
             sus bailes la atención.  
             Que bailen las almeas  
             esbeltas y graciosas,  
             y que al bailar, Fahima  
             les cante una canción.  
             Que dancen, que dancen;  
             esta es la ocasión  
             para que despierten  
             nuestra admiración.

FAHIMA    Baila, odalisca hermosa,  
             la de los ojos negros,  
             la de la tez de rosa.

TODOS    Baila, baila, musulmana,  
             y que tus pies al bailar  
             trencen calados de encaje  
             como la espuma del mar.  
             Sigue los compases  
             juguetona y viva,  
             marca con cuidado  
             tu danza lasciva;  
             dobla la cintura,  
             quiebra las caderas  
             y evoca el recuerdo  
             de las bayaderas.

## ACTO SEGUNDO

El acto segundo transcurre en una habitación de la casa de Fahima, donde varias esclavas se esmeran en adornar y acicalar a Zobeida.

ZAHARA Por esta noche  
nada de velo;  
que caiga en ondas  
el negro pelo.

ABRIZA Estos collares  
en la cabeza  
son la diadema  
de tu belleza.

FAHIMA Y vamos ahora  
con el tocado,  
que es el asunto  
más delicado.  
Los labios rojos  
como cerezas;  
la tez de un tono  
de blanco y rosa,  
que aunque eres bella,  
hoy es preciso  
que les parezcas  
aún más hermosa.  
Los brazos blancos  
como la nieve;  
como la nieve  
también el pecho,  
y ahora unas sombras  
en las pestañas,  
y ya el tocado  
dimos por hecho.

FAH., ZAH. Y ABR. ¡Qué hermosura más completa!  
¡Otra igual jamás yo vi!  
Ni una virgen del Profeta  
Compararse puede a ti.

ZOBEIDA Dejad las alabanzas,  
que hieren mi pudor;  
que cuando más hermosa  
peor para mi honor.

CANTADORAS    Sultana de los amores,  
reina de la donosura,  
maga de la gentileza  
que asombras con tu hermosura,  
suspira por tus encantos  
y por ti sufre dolores  
el Visir, y nos ordena  
que cantemos sus amores.  
Tus ojos tienen, Zobeida,  
un encanto misterioso,  
que nacen, temblando en ellos,  
deseos voluptuosos.  
Tus labios tienen el rojo  
de las rosas abrileñas;  
rizado y negro es tu pelo,  
y tus manos marfileñas.  
Pareces, Zobeida,  
más que mujer, hurí;  
por eso los hombres  
de amor mueren por ti.  
Mil veces dichoso  
tu encanto singular,  
que va triunfando del dolor,  
y que a los hombres aprisiona  
en las redes del amor.  
¡Que Alah poderoso,  
que tu hermosura ve,  
te colme de gracias  
y su favor te dé,  
y acoge clemente  
la queja del Visir,  
que enloquecido por tu amor,  
si le desprecias va a morir!  
Déjala que bese  
tu cara de rosa;  
deja que sus labios  
te digan amor;  
que ciñan sus brazos  
tu cuerpo de rosa,  
y él te dará en pago  
riquezas y honor.  
Déjale que llegue  
rendido de hinojos,

cerca del encanto  
que en ti resplandece;  
dégale que muera  
mirando tus ojos,  
que sólo por verlos  
la muerte apetece.  
Acoge clemente  
la queja del Visir,  
etc., etc.

Un gran banquete aguarda a los tres citados en la casa de Fahima. El primero en llegar es Ben-Ibhen. Zobeida, muy solícita, sale a su encuentro y lo recibe con halagos.

BEN-IBHEN    ¡Mosuleña apetitosa!  
                  ¡Soberana de Turquía!  
                  ¡Si comerte me dejaras,  
                  con qué gusto te comía!  
                  ¡Musulmana caprichosa,  
                  a quien ciegamente adoro,  
                  si me dejas devorarte,  
                  ya verás si te devoro!

ZOBEIDA        ¿Tanto te gusto?  
                  ¿Tanto me quieres?

BEN-IBHEN     ¡Como que asustas  
                  de guapa que eres!

ZOBEIDA        ¡No te creía  
                  con ese fuego!

BEN-IBHEN     Esto no es nada;  
                  ya verás luego.  
                  Yo soy un turco  
                  que se despega de la Turquía  
                  y no tolero  
                  que haya a mi lado más que alegría.  
                  Yo canto y bailo  
                  como no bailan las bayaderas,  
                  y hasta entontezco  
                  con el columpio de mis caderas...

ZOBEIDA        Tú eres un turco  
                  muy trapisondo por lo que veo,  
                  y no me jures  
                  porque eres turco y no te creo.

BEN-IBHEN Yo canto y bailo  
como no bailan las bayaderas,  
y hasta entontezco  
con el columpio de mis caderas...

ZOBEIDA Por Alah, que no creía  
en tan raras perfecciones,  
ni jamás sospechar pude,  
Ben-Ibhen, tus condiciones.

BEN-IBHEN Como que soy en Turquía  
campeón de los danzones.  
Y si quieres convencerte  
pon un poco de atención  
en la danza de la Meca.

ZOBEIDA ¿De la Meca?

BEN-IBHEN De mi invención.  
A la Me...,  
a la Me...  
A la Meca te llevo, si quieres,  
y gustas en ello.  
A la Me...,  
a la Me...  
A la Meca te llevo, mi vida,  
montada en camello.  
La jornada es muy larga, muy larga,  
pero eso no importa,  
porque yendo a tu lado se me hace  
muy corta, muy corta.  
Y como eres la Hurí del Profeta,  
que el sueño me roba,  
montarás en los cuartos traseros  
y yo en la joroba.  
Vente, vente conmigo,  
que irás muy hueca.  
Anda, que vamos  
de Ceca en Meca.  
Vente, vente conmigo  
que en regresando de la excursión  
tú serás santa  
y yo santón.

ZOBEIDA Vamos, que voy contigo,  
e iré muy hueca.  
Anda, que vamos  
de Ceca en Meca.

Vamos, yo iré contigo,  
que en regresando de la excursión,  
yo seré santa  
y tú santón.

BEN-IBHEN La joró...,  
la joró...  
La joroba molesta un poquito,  
pero hay que aguantarse,  
porque di...,  
porque di...,  
porque dicen que da buena suerte  
y hay que jorobarse.  
Al principio se siente un mareo  
bastante alarmante,  
producido por el balanceo  
que lleva el rumiante,  
pero luego y al cabo de un rato  
de trote seguido,  
ya se siente otra cosas distinta:  
se siente haber ido.

LOS DOS Vamos, que voy contigo, etc.

Cuando la situación de la pareja parece ponerse al rojo vivo, se hace anunciar Alí-Mon. Temeroso del Cadí, el médico explica su presencia alegando que se halla allí para para reconocer a Zobeida, que sufre una repentina dolencia. Alí-Mon lo cree así, pero no finge su mal humor. Entonces aparece el tercer citado, el Gran Visir, que se sorprende ante la presencia de los dos hombres. Nada más empezar a pedir explicaciones, llega corriendo un esclavo para avisar que la casa se halla circundada por el corsario Ka-Fur y sus hombres, cuyo único deseo es cenar y descansar allí. Zobeida, rápidamente, ordena a los tres hombres que se disfracen de esclavos, para no ser reconocidos y capturados por el bandido. Así lo hacen, y entra Ka-Fur con sus hombres. Se inicia el banquete que Zobeida había preparado para los tres citados, y una vez finalizado, Ka-Fur les dice que, a pesar de los disfraces, ha reconocido al médico, al Cadí y al Gran Visir. Ben-Ibhen, intentando salvarse, dice que no tiene inconveniente alguno en pasar a engrosar las huestes del corsario, puesto que, en realidad, es tan deshonorado en su profesión de médico como el propio corsario y afirma que sus ungüentos no tienen la menor virtud. Siguiendo su ejemplo, Alí-Mon confiesa que él tampoco hace justicia si no es a cambio de algún favor, y finalmente el Visir revela que hace todo lo posible por extraer el dinero del pueblo, ya que el Califa no está enterado de nada de aquello.

ZOBEIDA Y BEN-IBHEN Allá van  
los preceptos que ordena el Korán,  
y que son  
un prodigio de buena intención.



Allá van,  
 porque debe saberlos  
 un buen musulmán.

ZOBEIDA No desees la mujer de tu amigo  
 y contén tu pasión si desborda.

BEN-IBHEN A no ser que el amigo resulte  
 de los que hacen la vista algo gorda.

ZOBEIDA No se ofende el Korán porque tengas  
 diez mujeres o veinte y aun treinta.

BEN-IBHEN Ni muchísimo menos se ofende  
 porque tengas también las cuarenta.

LOS DOS Cumpliendo estos preceptos  
 que Alah imponer nos quiso,  
 irás cuando te mueras  
 derecho al Paraíso;  
 y allí tendrás placeres,  
 que allí muy bien se está,  
 y allí tendrás mujeres  
 y allí... ¡Jamalajá!

ZOBEIDA Comer cerdo prohíbe Mahoma  
 porque al cerdo le tiene ojeriza.

BEN-IBHEN Y es que el pobre nació mucho antes  
 del invento de la longaniza.

ZOBEIDA Si un insulto te dice cualquiera  
 no devuelvas jamás el insulto.

BEN-IBHEN Lo mejor es que cojas un palo  
 y en seguida te vayas al bulto.

LOS DOS Cumpliendo estos preceptos,  
 etc., etc.

Zobeida, mientras tanto, ha reconocido en Ka-Fur al derviche que le aconsejara aquella mañana; pero la sorpresa es general cuando Ka-Fur, despojándose de su siniestra indumentaria, resulta ser el Califa en persona, cuya costumbre de ir peregrinando disfrazado por el país, a fin de conocer la verdad, le ha salvado de tres indeseables. El médico, el Cadí y el Gran Visir son despojados de todos sus bienes, y éstos entregados a Zobeida.

CANTADORAS Acoge clemente  
 la queja del Visir,  
 que enloquecido por tu amor,  
 si le desprecias va a morir.